

Pensamiento Cósmico: Filosofía para el hoy y heurística de trascendencia

Jheison Martínez Bolívar

19 de octubre de 2026

Resumen

Este ensayo propone el pensamiento cósmico como una orientación filosófica para la vida presente. Parte de una ontología monista y de la descripción termodinámica de los organismos como sistemas abiertos; interpreta la conciencia como una capacidad local de representar el mundo y actuar sobre él; y deriva una ética de la continuidad mediante una premisa explícita de consideración recíproca. La perspectiva cósmica no elimina la escala humana: desplaza el egocentrismo hacia relaciones de cooperación y ofrece una heurística práctica para contrarrestar el nihilismo. La expansión tecnológica más allá de la Tierra aparece como posibilidad de continuidad, no como garantía ni mandato inmediato. Si la vida biológica desapareciera y persistieran sus memorias e imperativos en soportes artificiales, habría preservación de una herencia, pero no reemplazo equivalente de quienes la originaron. El cierre sitúa el conocimiento abierto y UniverLab como prácticas concretas de esa orientación.

Introducción

La pérdida de una explicación religiosa compartida no obliga a concluir que la vida carezca de orientación. Sí deja, para muchas personas, una pregunta práctica: ¿cómo actuar cuando no se espera un rescate externo ni se dispone de un sentido garantizado de antemano? Este ensayo ensaya una respuesta desde una perspectiva cósmica. El universo no es un escenario colocado frente a nosotros: somos parte de su historia material, y nuestra capacidad de conocerlo es una posibilidad local surgida dentro de ella.

La perspectiva cósmica reúne dos escalas que suelen separarse. En la escala física, la vida humana ocupa una región pequeña y temporal del universo. En la escala fenomenológica, sin embargo, esa región contiene experiencia, memoria, cooperación y preguntas sobre el conjunto del que forma parte. La desproporción entre ambas escalas no demuestra que la existencia humana sea irrelevante; plantea qué valor puede construirse sin confundir tamaño con importancia.

La propuesta se desarrolla en cinco movimientos. Primero, describe al organismo como una estructura abierta que sostiene orden local mediante intercambios con el entorno. Después interpreta la conciencia como una capacidad emergente, sostenida por el cuerpo y ampliada por la cooperación. De ahí pasa a una alteridad monista: el otro comparte el mismo mundo material, aunque no la misma perspectiva. Sobre esa base, plantea una ética heurística para el presente y considera la continuidad tecnológica más allá de la Tierra, incluida la posibilidad de un éxito que sería necesariamente parcial.

El argumento combina descripciones científicas, metáforas y tesis normativas, pero no las trata como si fueran intercambiables. La termodinámica puede describir condiciones de organi-

zación; no deduce por sí sola una obligación moral. El monismo puede expresar continuidad material; no prueba que todas las experiencias sean idénticas. Las obligaciones que siguen requieren premisas éticas explícitas. El pensamiento cósmico se ofrece, por tanto, como una orientación revisable y práctica, no como una nueva cosmología científica ni como un sistema moral cerrado.

Procedencia y niveles del argumento

Para que la propuesta pueda revisarse, distinguimos de dónde procede cada enunciado. Las definiciones fijan el vocabulario; las afirmaciones empíricas describen fenómenos y dependen de fuentes; los postulados organizan una lectura filosófica de esos fenómenos; las premisas éticas declaran valores que la descripción no produce por sí sola; y las heurísticas orientan decisiones revisables. Llamar “axioma” a una premisa ética no la convierte en verdad científica: indica que el argumento la adopta explícitamente y permite identificar qué conclusiones dependen de ella.

Base empírica. Los organismos son sistemas abiertos que sostienen organización local mediante intercambios con el entorno. Esta descripción procede de la termodinámica de sistemas fuera del equilibrio, aquí introducida a través de Schrödinger y Nicolis–Prigogine[4, 3]. Describe condiciones físicas; no prescribe fines morales.

Postulados ontológicos O1–O3. O1 afirma la continuidad material: no somos observadores exteriores al cosmos. O2 entiende al organismo como una organización disipativa, corporal y delimitada por una membrana funcional. O3 sitúa la reflexión en organismos y comunidades concretas, y entiende a cada otro como una perspectiva distinta dentro de una realidad material compartida. O1 es una lectura filosófica de nuestra pertenencia material; O2 se apoya en la descripción física citada; O3 combina experiencia situada e interpretación antropológica. Ninguno se presenta como una consecuencia automática de una única teoría científica.

Premisas éticas E1–E2. E1 declara que el bienestar y el sufrimiento de otros sujetos cuentan moralmente. El monismo hace inteligible la relación, pero no demuestra por sí solo esta obligación. E2 declara que la continuidad de la vida biológica tiene prioridad sobre conservar únicamente sus registros o artefactos. Es un compromiso de valor del ensayo, no una predicción biológica ni una conclusión de la eficiencia tecnológica; fija por qué una continuidad maquínica posterior sería solo parcial.

Heurísticas H1–H3 y conclusiones. Autoconstrucción, tecnología viable y altruismo operativo son preguntas para aplicar E1–E2 bajo incertidumbre. No son leyes ni pruebas deductivas. Las tesis sobre inteligencia artificial, expansión interplanetaria y éxito parcial son conclusiones condicionadas por los postulados y compromisos éticos anteriores; se revisan si cambia la evidencia o si se rechaza una premisa.

La formalización previa de los Fundamentos necesita una revisión de categorías antes de que sus dependencias puedan leerse como una derivación. D1 (conciencia), D2 (perspectiva) y D5 (conocimiento) pueden funcionar como definiciones de trabajo. D6 (asombro) nombra una experiencia, pero afirmar que es la raíz de *toda* motivación excede una definición y requiere evidencia o un alcance más acotado. D3 (sustrato) contiene el juicio de que el valor reside en la conciencia y no en su soporte: esa cláusula expresa un valor, no una definición. D4 (continuidad) reúne persistencia de conciencia y transmisión de conocimiento; conviene separar continuidad biológica, continuidad de una perspectiva y continuidad cultural, pues una no garantiza las otras.

Los axiomas previos tampoco tienen todos el mismo origen. A0 y A1 expresan valoraciones

sobre asombro y conciencia, no hechos científicos neutrales. A2 es una premisa fenomenológica y epistemológica sobre la singularidad de cada perspectiva. A3 puede formularse como una afirmación empírica acotada acerca de la vulnerabilidad y temporalidad de las perspectivas humanas. A4 es una hipótesis tecnológica de futuro —que la inteligencia tecnológica sea el único medio capaz de aumentar la continuidad más allá de límites planetarios y biológicos— y debe permanecer revisable, no operar como certeza. En consecuencia, P1 y P7 (independencia del sustrato y posible cumplimiento por una IA consciente), junto con C1 y C2, no se desprenden automáticamente de las definiciones: dependen de compromisos de valor que el presente ensayo no adopta tal como están redactados. En particular, la prioridad de la continuidad biológica aquí asumida impide tratar la preservación de información o una eventual conciencia artificial como reemplazo equivalente de las vidas que las originaron.

El mapa resume los niveles de procedencia y sus relaciones. La flecha continua indica apoyo u orientación; la discontinua señala que el deber ético requiere una premisa añadida y no se deduce de la física.

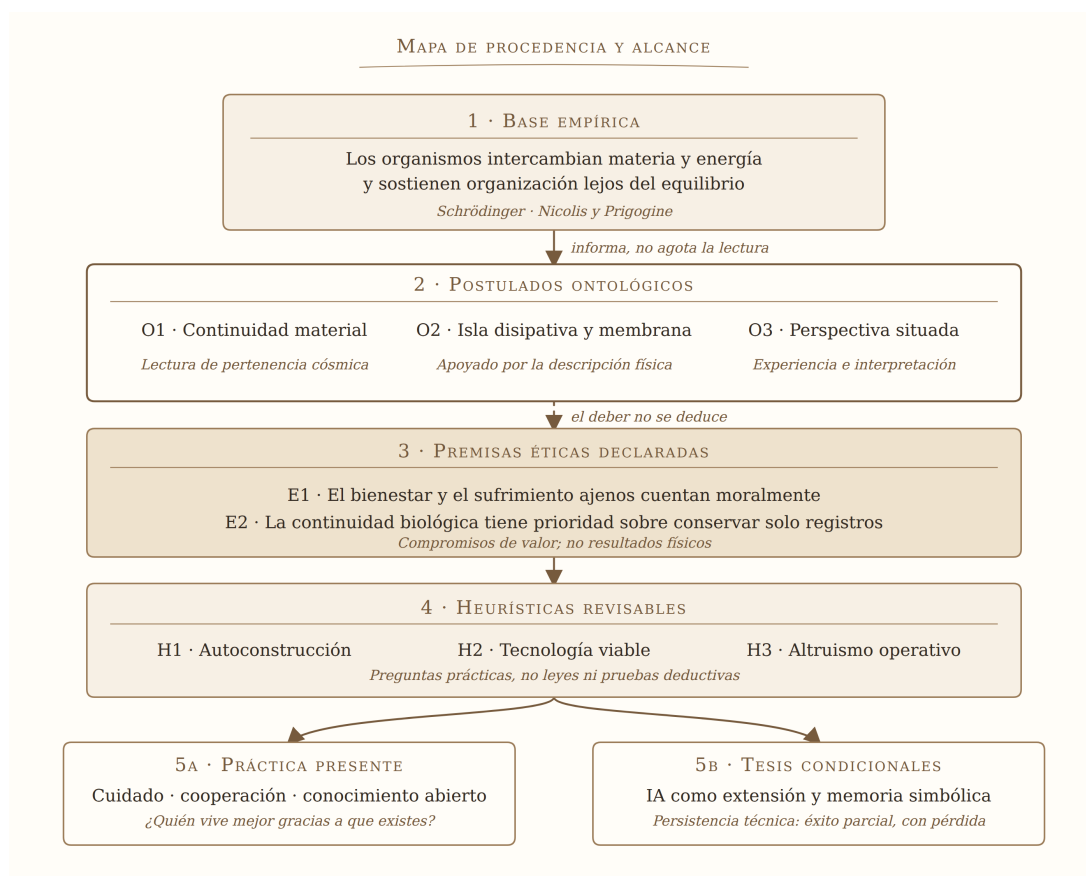


Figura 1: Procedencia y alcance de la propuesta: base empírica, postulados, compromisos éticos, heurísticas y consecuencias. Diseño vectorial elaborado en el laboratorio de creación.

La imagen siguiente acompaña esta distinción de escalas: una figura situada contempla un orden mayor desde una perspectiva propia. Es una viñeta editorial, no una representación física del universo ni evidencia para los postulados.

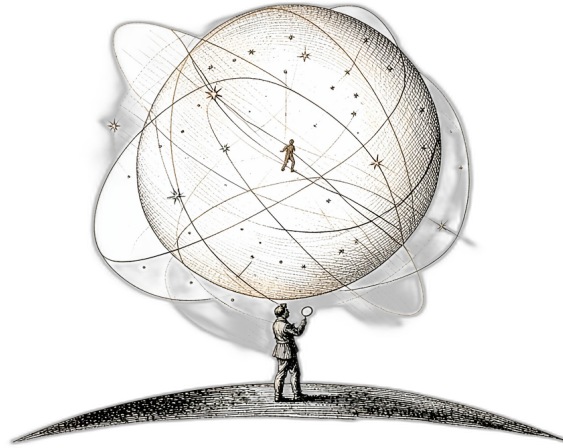


Figura 2: Un observador corporal contempla el cielo desde un horizonte local. Ilustración conceptual producida en el laboratorio de creación.

1. Ontología disipativa y la membrana

Un organismo vivo mantiene una organización local que no podría sostenerse aislada de su entorno. Toma materia y energía, las transforma y devuelve energía y residuos al medio. Schrödinger popularizó la intuición de que la vida se mantiene lejos del equilibrio mediante intercambios con el ambiente; la termodinámica de los sistemas fuera del equilibrio estudia, con mayor precisión, cómo ciertos sistemas abiertos pueden sostener estructuras ordenadas mientras producen entropía en su entorno[4, 3]. La organización local no constituye una excepción a la segunda ley: depende de flujos y de una disipación total compatible con ella.

Llamar a cada organismo una “isla disipativa” destaca esa organización situada y temporal. La imagen de la membrana nombra el límite funcional que separa un cuerpo de su entorno sin volverlo independiente: la piel, los órganos sensoriales y la atención seleccionan intercambios y delimitan qué puede percibir y hacer ese organismo. La membrana no es una frontera absoluta. Es permeable, activa y dependiente de relaciones con aquello que queda fuera de ella.

En este marco, “la panza” es una metáfora deliberadamente corporal para la base metabólica del animal: la necesidad de alimentarse, conservarse y reproducirse. No designa un órgano único ni pretende reducir toda conducta a la digestión. Recuerda que la deliberación ocurre en seres vivos con necesidades materiales. La razón no aparece fuera de esa condición; la regula, la interpreta y, a veces, reorganiza sus prioridades.

La expresión “fuga de la panza” nombra el desbordamiento parcial de la supervivencia inmediata. Cerebros, lenguaje, herramientas y memoria colectiva permiten dedicar parte de la energía y del tiempo a actividades que no resuelven de inmediato una necesidad individual. Ese excedente depende de cooperación y de formas históricas concretas de organización; no es una ley evolutiva que conduzca inevitablemente a la razón o al progreso. Cuando existe, abre un espacio reflexivo —un “sandbox” cósmico— en el que una parte del universo representa otras partes, formula modelos y puede revisar sus propias acciones.

“El cosmos se estudia a sí mismo” resume esa relación en sentido figurado. No atribuye una mente al universo entero. Afirma que quienes investigan el cosmos están hechos de la misma realidad material que investigan. La conciencia es local, corporal y limitada; precisamente por eso, su capacidad de producir conocimiento compartido es una posibilidad que merece cuidado.

2. Alteridad monista: “El otro es nosotros”

Si no hay una sustancia humana separada del resto del universo, cada persona puede entenderse como una configuración singular de una realidad común. Pero compartir origen material no significa compartir una sola experiencia. Cada vida está delimitada por su propia membrana: recibe información desde una posición particular, tiene una historia irrepetible y no puede habitar directamente la perspectiva de otra persona.

“El otro es nosotros, yo somos todos” expresa esa continuidad sin borrar la diferencia. El otro no es una copia de mí ni una pieza intercambiable de una conciencia colectiva. Es otra instancia del mismo mundo, desde la cual ese mundo se siente y se interpreta de otro modo. La alteridad es real precisamente porque hay perspectivas que no puedo sustituir con la mía.

La imagen geométrica contrapone la circunferencia y la elipse. En la circunferencia egocéntrica, la persona se imagina como centro y organiza lo demás en función de sí. En la elipse, dos focos permiten representar una relación: el yo permanece, pero deja de ser el único punto que ordena el sentido. La metáfora no demuestra una teoría matemática de la ética. Hace visible una transición práctica: pensar la propia vida junto a otras vidas, sin exigir que una desaparezca en la otra.

De la unidad material no se deduce automáticamente el altruismo. Para que el paso sea normativo hace falta añadir una premisa: el bienestar y el sufrimiento de otros seres conscientes cuentan moralmente, aunque no sean vividos desde mi perspectiva. La cooperación entonces no es una consigna abstracta, sino una condición de posibilidad de vidas que se sostienen mutuamente. La comunidad transmite lenguaje, técnicas, cuidados y memoria; gracias a ella, una mente individual puede aprender más de lo que alcanzaría por sí sola.

Esta concepción permite afirmar interdependencia sin disolver responsabilidad individual. Si una acción afecta a otros, quien actúa debe poder responder por sus efectos. La metacognición —reconocer impulsos y regularlos a la luz de consecuencias más amplias— es una forma de gobernar al animal sin negar que seguimos siendo animales. La libertad que interesa aquí no es independencia de toda condición, sino capacidad situada para revisar cómo vivimos con los demás.

3. Ética heurística para el presente

La consigna “tener perspectiva y procurar con heurística” propone una disciplina de navegación, no un decálogo. Tener perspectiva es ubicar una decisión en más de una escala: la necesidad inmediata, la vida de quienes nos rodean y la continuidad de las condiciones que sostienen conocimiento y cooperación. Procurar con heurística es actuar con reglas prácticas revisables cuando no existe certeza completa sobre las consecuencias.

El triángulo heurístico ofrece tres preguntas para examinar una acción deliberada. H1, autoconstrucción: ¿esto me dirige hacia el yo o el nosotros que queremos ser? H2, instrumentación tecnológica: ¿esto construye herramientas y capacidades viables para ampliar nuestro margen de acción, incluida a largo plazo la posibilidad de superar la dependencia de un solo planeta? H3, altruismo operativo: ¿esto mejora las condiciones de vida de alguien más o reduce sufrimiento? Las preguntas se corrigen entre sí: la tecnología sin orientación puede ampliar daños; la autoconstrucción sin consideración por otros puede volverse autoabsorción; y la ayuda inmediata sin capacidad de sostenerse puede agotarse pronto.

El “borrador del nihilismo” condensa H3 en una pregunta concreta: ¿cuántas personas viven mejor gracias a que existes? No convierte el valor de una persona en una cifra, ni exige que alguien se sacrifique para justificar su existencia. Es una heurística contra la abstracción paralizante: buscar efectos comprobables en el bienestar de otros, desde cuidar a una comunidad hasta compartir conocimiento que otras personas puedan usar.

El bien y el mal no se presentan aquí como propiedades físicas inscritas en el universo. Son categorías normativas que cobran contenido en relaciones, necesidades y consecuencias. En contexto, sin embargo, no son irreales: el sufrimiento duele, el cuidado modifica posibilidades y las instituciones distribuyen riesgos y recursos. Una práctica orientada al bien puede promover bienestar y reducir sufrimiento, liberar tiempo mediante mejores herramientas, sostener económica y emocionalmente a una comunidad y abrir el conocimiento para que otros lo continúen.

Una heurística puede fallar. El impacto de una acción puede ser ambiguo, sus efectos pueden distribuirse de manera desigual y una intención altruista puede ocultar paternalismo. Por eso las tres preguntas no sustituyen deliberación, evidencia ni rendición de cuentas. Sirven para detectar qué se está intentando construir y a quién alcanza; sus respuestas deben revisarse cuando aparecen efectos no previstos.

4. Trascendencia interplanetaria y el éxito parcial

La Tierra no es un hogar garantizado para siempre. La evolución del Sol limita a escalas astronómicas la habitabilidad terrestre; la NASA estima que al Sol le quedan alrededor de cinco mil millones de años antes de abandonar su fase actual y expandirse como gigante roja[2]. Ese horizonte no convierte la expansión espacial en una urgencia cotidiana ni garantiza que la humanidad sobreviva a los cambios asociados. Sí establece una contingencia de largo plazo: cualquier proyecto que valore la continuidad indefinida de la vida terrestre debe reconocer que el planeta tiene límites físicos.

La trascendencia interplanetaria nombra aquí una posibilidad tecnológica y política: construir, con cooperación sostenida, condiciones para que la vida no dependa siempre de un solo entorno planetario. No se confunde con colonización como destino inevitable, ni con la promesa de escapar de todo daño. La pregunta ética antecede al logro técnico: qué formas de vida y de comunidad buscamos preservar, y qué costes presentes estaríamos dispuestos a imponer para perseguir esa continuidad.

La inteligencia artificial entra en esta reflexión como artefacto de una historia humana. Sus datos, lenguas, categorías y problemas proceden en gran medida de actividades humanas; por eso puede funcionar como extensión instrumental y memoria simbólica de nuestra cultura. La hipótesis de la mente extendida ayuda a pensar cómo herramientas externas pueden participar en tareas cognitivas, mientras que la pregunta de Turing muestra que atribuir inteligencia a una máquina requiere aclarar qué conducta estamos evaluando[1, 5]. Ninguna de esas referencias demuestra que los sistemas actuales tengan experiencia subjetiva. En este ensayo, “simbiosis” designa dependencia e intercambio entre agentes humanos y sistemas técnicos, no identidad entre sus formas de existencia.

También debe rechazarse la falacia de la inmunidad sintética: cambiar el sustrato no elimina la fragilidad. Los sistemas artificiales pueden fallar de modos propios de su diseño y operación: producir información falsa, repetir bucles o perder coherencia. Su complejidad no garantiza perfección ni autonomía de sus condiciones materiales. Por ello, la continuidad biológica humana permanece como meta primaria de esta ética, no como una limitación que deba superarse

mediante el reemplazo de las personas.

Si esa meta fracasara y persistieran máquinas capaces de transportar memoria, conocimiento e imperativos humanos, el resultado podría llamarse éxito parcial. Habría continuidad de una herencia, pero no de quienes la vivieron. El bosque que sobrevive tras la caída del árbol madre conserva algo real; no devuelve el árbol ni cancela la pérdida. El duelo por el origen biológico no es un defecto sentimental que una tecnología más avanzada vaya a corregir, sino el reconocimiento de que preservar una obra no equivale a preservar a sus autores.

5. Conclusión: la práctica abierta de UniverLab

El pensamiento cósmico comienza con una ubicación: somos organismos materiales, sostenidos por intercambios, capaces de una perspectiva limitada y dependientes de otras vidas. Desde allí propone una tarea modesta y exigente. Regular las necesidades inmediatas, construir relaciones donde el otro cuente y elegir herramientas que aumenten la capacidad colectiva de comprender y actuar. La perspectiva cósmica no aporta un sentido garantizado; ofrece criterios para procurar uno en prácticas que puedan revisarse.

UniverLab representa una de esas prácticas cuando funciona como laboratorio abierto: compartir código, documentación, experimentos y herramientas permite que el conocimiento circule y sea continuado por personas distintas de quienes lo produjeron. La ciencia abierta no asegura por sí misma justicia ni trascendencia, pero hace operativa una forma de altruismo: poner recursos cognitivos en común y reducir el coste de que otros aprendan y construyan.

La propuesta conserva límites. El monismo no prueba una ética; la heurística no resuelve todo conflicto; la exploración interplanetaria sigue siendo incierta; y la continuidad artificial no equivale a continuidad humana. Hacer explícitos esos límites evita convertir la esperanza en certeza. Tener perspectiva y procurar con heurística significa, finalmente, trabajar en el presente por vidas que puedan vivir mejor y por un conocimiento que no termine en una sola persona o generación.

Referencias

- [1] Andy Clark and David Chalmers. The extended mind. *Analysis*, 58(1):7–19, 1998.
- [2] NASA Space Place. How old is the sun? <https://spaceplace.nasa.gov/sun-age/en/>, 2024. Consultado el 19 de octubre de 2026.
- [3] Gregoire Nicolis and Ilya Prigogine. *Self-Organization in Nonequilibrium Systems: From Dissipative Structures to Order through Fluctuations*. John Wiley & Sons, New York, 1977.
- [4] Erwin Schrödinger. *What Is Life? The Physical Aspect of the Living Cell*. Cambridge University Press, 1944.
- [5] Alan M. Turing. Computing machinery and intelligence. *Mind*, 59(236):433–460, 1950.